

Crítica de arte: Ramón Lapayese

Exposición completa y persuasiva es la que nos presenta estos días el madrileño Ramón Lapayese en la galería "Syra". En el impreso que nos invita a visitarla se inserta un sustancioso escrito debido al excelente crítico y delicado escritor que es Manuel Sánchez Camargo, subdirector del Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, quien nos hace un justo panegírico de la doble personalidad del artista. Doble, decimos, como efectivamente es.

Hasta hoy conocíamos a Ramón Lapayese como escultor recio, espíritu investigador y temperamento sensitivo. Hoy le conocemos, también, como pintor, y dotado, en esta nueva fase de su personalidad artística, de las mismas cualidades que en la anterior; si bien, claro está, se nos muestra ejerciéndose en otro plano de especulación, como corresponde al distinto género en que se vierte su sensibilidad.



En la escultura de Ramón Lapayese aquellas sus cualidades viven y se manifiestan a través de la tectónica de la materia, llevada a su más alto grado de violencia, con respecto a los datos inmediatos de la realidad,

aunque sea ello dentro de un explícito concepto figurativo; siempre en demanda de la máxima expresión formal, en el juego de la masa, de la corporeidad y del hueco, la una envolviendo al otro y haciendo bloque con él, por encima de su distinta naturaleza. En su pintura, estas cualidades vienen a nosotros conducidas por un total y absoluto sentimiento pictórico, mucho menos formal que lumínico, que es tanto como cromático.

Ni intención alguna, ni asomo de tentativa de darnos en sus lienzos, tan certeramente ensamblados en el arabesco de sus formas, tan jugosamente armonizados, ninguna sensación de corporeidad, ningún mimetismo apoyándose en la visión del objeto. Pintura plana, exenta de toda alusión al relieve o a la profundidad de lo representado.

Y con ello, una hondura de penetración en la propia esencia de su asunto, no tanto por su anécdota dramática, sarcástica o, simplemente, amable y cotidiana, cuanto por la medida en que se le entrega en su elocuente enlace de esquemas y coloración.

En breves palabras, lo que allí se solicita del puro volumen y su bulto, aquí se pide a la mancha y a la pigmentación. En una y otra Ramón Lapayese es gárrulo e intensísimo en su expresión. Acostumbrados estábamos al Ramón Lapayese escultor, a quien veíamos enardecido en sus rebuscas, unas veces prescindiendo del todo de cualquier recurso a las morfologías naturales, y otras aludiendo a unas estructuras ya vistas por medio de las

alusiones más ahiladas, pero siempre escultor, rotundamente escultor. Y tal le volvemos a encontrar hoy, a tres años de su anterior muestra en esta misma sala, con su fantasía, su gracejo y su potencia, trabajando en la madera, en la forja del hierro con un dominio técnico irrefutable y una libertad creativa de proliferante fecundidad. En pintura, cual si se tratase de un total desdoblamiento en dos distintas personalidades, se nos da, asimismo, un pintor de real temperamento. Violenta la anatomía, frustra toda confrontación, construye conjuntos inopinados, armonías desusadas, felicísimas, contrastes contundentes y una a modo de caricaturización –más grave que cómica, desde luego- envolviéndolo todo dentro de un arranque impetuoso y optimista. Pero escultor y pintor, coinciden en esta activa y rotunda expresividad y la fortísima tensión espiritual que inerva toda su producción.

Juan Cortés, Diario La Vanguardia, Barcelona 17 de abril de 1966